

## **La lectura de la Biblia desde una sociedad sin creencias.**

Marià Corbí

### ***A modo de introducción.***

Lo que voy a hacer en este escrito puede parecer atrevido y arriesgado, porque supone alejarse de las maneras habituales de pensar y sentir las cuestiones religiosas, en especial en lo referente a las Escrituras.

Pero no soy yo quien se ha alejado de esas formas tradicionales, es toda la corriente central de la cultura la que se ha alejado.

No se gana nada con ignorar lo que está ocurriendo. Es más se pierde mucho. No es legítimo ignorar lo que está ocurriendo, ni es legítimo volver la cara para otro lado, como si no pasara nada.

Pasa. Y hay que dar respuesta a lo que pasa. No se puede esperar sentado al borde del camino esperando que el río fluya hacia arriba. Las aguas que se fueron no volverán. La sociedad religiosa y creyente se fue con la gran corriente. Quedan todavía hombres religiosos y creyentes, pero sólo en los márgenes más o menos quietos del río. La potente corriente central ya no va por esos caminos.

No podemos quedarnos fijados por creencias y normas del pasado. Hay que responder a circunstancias que no se dieron nunca antes. Por consiguiente, tendremos que decir cosas aunque nunca antes se dijeran.

Si el miedo paraliza nuestro espíritu, no podremos responder a los desafíos que nos presentan las sociedades laicas, no creyentes y globales. No podemos resignarnos a tener que colocar las Escrituras sagradas en los estantes de la historia, como cosas del pasado. Las Escrituras fueron la fuente de sabiduría de la que bebieron nuestros antepasados y donde se fundamentó su espiritualidad.

Si nos empeñamos en continuar leyéndolas las Escrituras como lo hicieron sociedades que ya han desaparecido, corremos el riesgo de que desaparezcan con lo que desaparece.

Hay que arriesgarse por amor a la verdad y por amor a las futuras generaciones, aun con peligro de equivocarse. Equivocarse así, sería un acto de amor. Pero hay que confiar en el soplo del Espíritu; Él dirigirá nuestros intentos.

### ***Rasgos de la nueva sociedad.***

Conocer los rasgos y caracteres de la nueva sociedad nos puede dar la clave de lo que está pasando con las religiones y con la comprensión de las Escrituras.

Las nuevas sociedades industriales viven de la creación continua de conocimientos científicos y de tecnologías. A partir de esas innovaciones científicas y tecnológicas se crean innovaciones en productos y servicios. Las innovaciones de calidad son el motor de la economía y la base del éxito económico.

Esta actitud innovadora, como base del éxito económico, pone a todos los niveles de la sociedad en movimiento.

Las continuas innovaciones en ciencias suponen el continuo cambio en la interpretación de las realidades. Y como las ciencias llegan a todas partes, las transformaciones de las interpretaciones de la realidad se extienden a todos los ámbitos de lo real.

Las innovaciones científicas llevan a las innovaciones tecnológicas; y las innovaciones tecnológicas conducen a la continua transformaciones de las formas de trabajar y, consiguientemente, a la mutación necesaria de las formas de organizarse. Estos cambios en las organizaciones exigen, a su vez, cambios en las formas de cohesionar los grupos y en las finalidades y valoraciones que se establecen.

### ***Consecuencias en el pensar y en el sentir de este tipo de sociedades.***

Esta es la conclusión: las nuevas sociedades industriales necesitan moverse continuamente en todos los niveles de su vida. Son, pues, sociedades dinámicas que se estructuran sin creencias, porque las creencias fijan la interpretación de la realidad, aunque sea sólo en sus puntos nucleares. Las creencias, al fijar la interpretación fijan la valoración y, con ello, tienden a fijar la organización, los sistemas de cohesión y valoración colectiva.

Por necesidades de supervivencia, las nuevas sociedades deben excluir positivamente todas esas fijaciones, porque bloquearían o dificultarían grandemente la posibilidad y el funcionamiento de las sociedades de innovación.

Cuando hay que excluir las creencias, se excluye con ellas las sacralidades.

Al excluir creencias y sacralidades, se excluyen las religiones.

Por consiguiente, la increencia de nuestras sociedades no es fruto de la infidelidad, ni de la maldad, ni del consumismo desenfrenado, es consecuencia de la evolución cultural.

Esta es la lógica interna de las sociedades de innovación, también llamadas sociedades de conocimiento. Se las llama así porque viven de crear conocimiento, no porque sean más sabias que las que les precedieron.

Pero además de esta lógica interna, se crea una *conciencia generalizada* en la población que consiste en el convencimiento, explícito o implícito, de que todo nos lo construimos nosotros mismos, a nuestro propio riesgo. Conciencia generalizada de que nos construimos nuestras formas de interpretar la realidad y nuestras formas de valorarla, nuestras maneras de trabajar y organizarnos, desde el nivel de la familia hasta la ONU, nuestros mundos axiológicos y nuestras formas de comportamiento; todo nos lo construimos nosotros mismos. Nada nos viene construido desde el cielo, ni desde la naturaleza de las cosas.

Esta conciencia colectiva de que nada en nuestra vida nos viene determinado y construido desde ninguna parte, sino que todo tenemos que construirnoslo nosotros mismos, se hace incompatible, de hecho, con las creencias y el sometimiento a una revelación que nos vendría de los cielos, y que nos dictaría el que debería ser nuestro proyecto de vida humana, intocable, al que habría que someterse.

Es decir, esta conciencia colectiva, que está generalizada en los países desarrollados, fruto de las rápidas transformaciones, en todos los ámbitos de la vida, de nuestras sociedades, viene a hacerse incompatible con la religión, porque la religión se fundamenta en la revelación, en las creencias y en sumisiones.

### ***El desmantelamiento axiológico y espiritual de estas nuevas sociedades.***

Esta es la situación de nuestras sociedades. Se trata de sociedades que disponen de poderosas ciencias y tecnologías, cuyo potencial crece día a día. Tienen poder para controlar, en notables proporciones, siempre crecientes, el mundo físico, el biológico y el de las comunicaciones. Ese poder puede ser benéfico o irreversiblemente destructivo, hasta dañar la vida en el planeta. Las primeras alarmas serias ya se han disparado.

Los procedimientos con los que los hombres han cultivado la calidad, a lo largo de la historia, han sido las religiones, y en el último tramo de la historia, las ideologías, con apoyo colateral de las religiones. Las religiones han entrado en una grave crisis, para la gran mayoría de los hombres y mujeres de las sociedades desarrolladas, y es de prever, razonablemente, que en la medida en la que las sociedades subdesarrolladas o en vías de desarrollo se incorporen al grupo de las sociedades desarrolladas, se incorporarán también a la crisis de la religión. Es razonable hacer esta previsión; lo contrario es querer evitar la dificultad del problema o esperar que la historia discurra al revés.

Las grandes ideologías también están en crisis. De la ideología socialista, la socialización de los medios de producción, con todo lo que ello suponía como proyecto de vida colectiva, ha quedado invalidada a causa del colapso del mundo soviético; como mínimo para un largo espacio de tiempo. Lo que queda de aquella ideología son unos cuantos postulados: equidad, justicia, democracia, igualdad, sin que lleguen a constituir un proyecto de vida para el nuevo tipo de sociedades.

La otra gran ideología no ha salido mejor parada, aunque pueda parecer lo contrario. Las sociedades capitalistas son pragmáticas y lo que les queda del viejo proyecto liberal de vida, son métodos, procedimientos para gestionar la sociedad y la economía, que con el derrumbe de los proyectos socialistas del mundo soviético, han quedado fortalecidos también para un largo período de tiempo. Estos métodos o procedimientos, que han quedado si no verificados, sí reforzados, son la democracia, la propiedad privada, la libertad de iniciativa y el mercado.

Pero tanto los grupos sociales que propugnan los postulados socialistas como los que propugnan los procedimientos que proceden del capitalismo, carecen de proyectos que ofrecer a las nuevas sociedades globalizadas de conocimiento e innovación continua.

En estos momentos de nuestra transformación cultural y social, carecemos de proyectos de vida colectiva, con carga axiológica suficiente para motivar a los pueblos de las nuevas sociedades y dotarlos de cuadros de valores que fomenten la calidad de las personas y los grupos.

Las religiones ofrecían sus proyectos de vida colectiva e individual, apoyándose en creencias. También ofrecían la posibilidad de un cultivo serio de la espiritualidad, apoyándose en creencias. Esa vía de la calidad humana y de la espiritualidad ha quedado bloqueada para los hombres y mujeres y los grupos de las nuevas sociedades.

También las ideologías se apoyaban en creencias, laicas esta vez. Las ideologías sostenían que sus propuestas, con respecto al funcionamiento que debía adoptar la economía, la propiedad colectiva de los medios de producción o la iniciativa y propiedad privada y el mercado, se debía a la naturaleza misma de las cosas; naturaleza que las ciencias y la filosofía descubrían.

También esas creencias laicas, y los proyectos axiológicos que soportaban, se han venido abajo. Nada nos viene de Dios, ni nada nos viene de la naturaleza misma de las cosas. La marcha acelerada de las sociedades de innovación y cambio nos ha enseñado, y ha impreso en la conciencia de todos los hombres de las sociedades desarrolladas, que todo nos lo tenemos que construir nosotros

Ahora ya sabemos y vivimos que tenemos nuestro destino, y el destino del planeta, en nuestras manos.

No volverán ni las creencias laicas ni las religiosas.

En esta situación, hemos tenido que comprender, forzados por la evolución de la cultura y de los modos de vida, que para manejar el tremendo poder de nuestras ciencias y nuestras tecnologías, tenemos que ser capaces de construir proyectos de vida de calidad, para el bien de nuestra especie y para el bien del planeta.

Pero ¿cómo construiremos proyectos de calidad, si los constructores no tienen antes esa calidad? No podemos cultivar la calidad humana desde la religión, porque tendríamos que pasar por las creencias, y no nos es posible. Tampoco podemos cultivar la calidad humana partiendo de las ideologías, porque también tendríamos que pasar por creencias laicas, que no nos es posible sostener.

¿Desde dónde cultivar la calidad que nos es imprescindible para poder construir proyectos colectivos de calidad?

Este es, quizás, el problema más grave con el que se enfrenta la nueva situación cultural de la humanidad en los países desarrollados.

Pero además, estas nuevas sociedades, en términos generales, no están cultivando ninguna forma de espiritualidad, con excepción de una minoría muy escueta de buscadores.

Las nuevas sociedades están funcionando sin espiritualidad.

Eso significa que están funcionando sin las tres grandes cualidades que cultivaban las espiritualidades religiosas y que son los rasgos de toda espiritualidad, se cultive con creencias o sin ellas.

Sin el cultivo de estas tres grandes cualidades, no puede darse la calidad humana que requerimos. Y en las nuevas sociedades requerimos esa calidad, porque en ellas tenemos que construirnos nuestros propios proyectos de vida colectivos y privados, nuestros sistemas de valores que deben dirigir las grandes construcciones científicas y tecnológicas.

Estas tres grandes cualidades que constituyen el alma de la espiritualidad son:

Cultivar el interés incondicional por todas las personas y las cosas.

Cultivar la capacidad de distancia y desapego de cosas, personas y situaciones, porque sin ese distanciamiento y desapego, contra lo que pudiera parecer, es imposible interesarse por las cosas y las personas mismas.

Cultivar el silenciamiento de las propias interpretaciones, prejuicios, valoraciones, deseos y temores, porque también sin ese silencio resulta imposible acercarse a las cosas por ellas mismas.

El cultivo de estas tres disciplinas es la base de la calidad humana y de la espiritualidad.

Esta es nuestra situación: estamos frente a sociedades de potentes ciencias y tecnologías, con las que se crean también potentes industrias, que son sociedades que saben que deben construirse todos los niveles de su vida colectiva y privada.

Y tienen que hacerlo sin tener modos claros y acreditados de cultivar la calidad humana y sin espiritualidad.

*La lectura de las Escrituras desde este tipo de sociedades.*

Una sociedad así, que necesita más que nunca la calidad y la espiritualidad, ¿cómo puede leer los grandes textos religiosos que han sido la base de la sabiduría y la espiritualidad durante más de 2000 años?

Hasta no hace mucho, la Biblia se ha leído desde las creencias: creencia en Dios y creencia de la revelación; desde estas dos creencias básicas, se siguen las creencias en todo lo que la revelación proclama.

Cuando no se puede creer ¿qué se hace con todo eso?

¿Qué quiere decir que no podemos creer?

Quiere decir que no podemos tomarnos términos como “Dios”, como una descripción de una entidad extramundana con rasgos antropomorfos; ni podemos tomarnos “Revelación” como la descripción de un hecho: que Dios nos habla para ofrecernos e imponernos un proyecto de vida procedente de Él y con su garantía, y para proporcionarnos la verdad de sí mismo y de toda la realidad, como un conjunto de formulaciones.

No podemos tomar lo que dicen esos textos como descripción de entidades y de hechos. No podemos leer la Biblia desde esas creencias básicas, que son la creencia en “Dios” y la creencia en la “Revelación” y desde todas las creencias que de ellas se siguen.

Por otra parte, sabemos, por los testimonios de la historia y por nuestra propia experiencia, que esos textos son textos sabios y fuente de sabiduría. Sabemos que esos textos han sido la fuente de la espiritualidad para millones de personas durante miles de años.

Nuestros antepasados se acercaron a esas fuentes, como creyentes, y fueron para ellos fuentes de agua viva.

Nosotros ya no podemos acercarnos como creyentes, ¿se han secado, por ello, esas fuentes para nosotros?

Aunque no podamos acercarnos a la Biblia como creyentes, podemos acercarnos a ella como a unos textos llenos de sabiduría. Una sabiduría antigua, verificada por miles de generaciones. Una sabiduría peculiar, que sólo gustándola se sabe de ella. Una sabiduría que se expresa en figuras, narraciones, normas, pero que está más allá de las formas que utiliza. Una sabiduría que se dice en formas, pero está más allá de las formas.

La Biblia se expresó desde el seno de una sociedad con una estructura cultural, laboral y organizativa determinada; se expresó desde sociedades patriarcales, preindustriales, estáticas; se expresó desde sociedades articuladas en modos de vida inmutables, que se fijaban con sistemas de creencias; pero lo que dijo en esos cuadros culturales, los trasciende, está libre de ellos.

Esa sabiduría no son fórmulas, ni formas fijadas, es un saber que es como un sabor único, como un destilado, como el zumo que se exprime de los frutos, como el sabor de sal del inmenso océano.

Esos textos son nuestra herencia. Pero lo que heredamos en ellos no es un sistema de creencias, ni un sistema de vida fijado, ni un tipo de organización fijado, ni un proyecto de vida bajado de los cielos, ni unas leyes, ni una moralidad sagrada intocable, ni unas instituciones.

Lo que heredamos es algo más grande y más sutil que todo eso.

Debemos aproximarnos a los textos bíblicos sin pedirles soluciones ni para la vida ni para la muerte, porque son como grandes poemas que hablan con palabras

humanas y con categorías pertenecientes a una cultura determinada, de un encuentro, que la lengua humana no puede describir.

Esos textos son las narraciones de una búsqueda, de una indagación con todo el ser. Son la narración de una revelación, de un gran don en el seno mismo de una búsqueda, son como un diálogo entre el que busca y lo que se aproxima.

La revelación, para nosotros los hombres de las nuevas sociedades, ya no es la revelación de unas verdades divinas, ni la revelación de una entidad extramundana con rasgos antropomorfos, sino que es la revelación de una dimensión del puro existir que es, a la vez, una dimensión de profundidad y calidad del existir humano.

Es la revelación de “lo que es”, de “el que es”, que no es nada objetivable, ni formulable, ni representable. Es la revelación de la Verdad, pero una Verdad que no es una formulación, ni un conjunto de formulaciones. Una Verdad que es sólo certeza, afirmación, un sí, reconciliación, paz, gozo, no miedo.

Es una certeza que no es de nada ni de nadie, pero es firmeza incommovible. Una certeza que, porque no es de nada ni de nadie, ni tiene forma fijada, es libertad completa. Porque es una certeza sin forma ni fórmulas, lo acepta todo, lo acoge todo, es libre de toda forma, las acepta todas y no se liga a ninguna.

Sólo esa certeza es libertad y es liberadora porque libera de toda sumisión a fórmulas o formas concretas. Toda certeza que es de algo, somete a la forma de ese algo, sea una fórmula, unas creencias, unos modos de vida.

Los textos de la Biblia son indagación, son narraciones de una indagación sostenida durante generaciones; son narración de búsqueda y de encuentro; son narración de revelación porque son narración del encuentro con la certeza; son narraciones de liberación de ídolos, de injusticias, de opresiones de todo tipo; son cantos de alabanza por el encuentro con nuestro propio fundamento, un fundamento más inquebrantable que las rocas.

Las narraciones, los mitos y las expresiones que usan las Escrituras no son descripciones de la realidad, ni de la realidad de este mundo, ni de la realidad del otro. Ni describen realidades, ni describen hechos, sólo crean metáforas, símbolos, para hablar de lo que está más allá de todas nuestras posibilidades de decir.

Somos unos vivientes necesitados que, como todos los vivientes, hacemos una interpretación del medio en que vivimos desde los patrones de la necesidad. En esto estamos sometidos a la ley de todos los vivientes: interpretar y valorar, objetivar y organizar el medio en que vivimos desde los cuadros de nuestras necesidades individuales y colectivas.

Como vivientes necesitados que somos, nos vemos forzados, como todos los demás vivientes, a hacer una lectura dual desde la necesidad: *un sujeto* de necesidades, en *un medio* donde satisfacer esas necesidades. Lo que damos como real y existente y la interpretación que hacemos de nosotros mismos, no es lo que hay, sino lo que necesitamos ver para poder vivir como individuos y como grupo.

Las Escrituras nos hablan de “lo que es”, de lo que realmente existe y que está más allá de todas nuestras construcciones duales de un mundo de sujetos y de objetos. “Eso que es”, y que está más allá de todas nuestras construcciones, es indecible desde nuestro sistema de concebir, objetivar, representar, porque no está sujeto a la dualidad de nuestras construcciones.

Desde el punto de vista de todas nuestras construcciones duales, formadas por sujetos y objetos, “lo que es” no tiene ninguna de esas formas, no tiene ninguna de las formas que le podamos dar con nuestro sistema dual de representación. Para nosotros es

sin forma, es vacío de todas esas formas, es nada de lo que podamos representar, es indecible, es no-dos.

Eso cantan las Escrituras, eso buscan, eso encuentra, eso dicen, pero al decirlo lo someten a la legalidad dual de la estructura de nuestra lengua, lo representan desde la dualidad, haciéndolo “otro”, una figura antropomorfa.

Podría afirmarse que al intentar decir aquello “no dual” a lo que se refieren las Escrituras, necesariamente traicionan aquello que se quiere decir. Y eso ocurre no por infidelidad, sino porque nuestro decir es incapaz de salirse de las legalidades de interpretación y valoración que imperan en todo viviente.

### ***Reflexiones sobre algunos de los grandes símbolos de las Escrituras.***

En sociedades patriarcales y jerárquicas, se representa esa dimensión sutil de lo real, que es fuente de toda realidad y vida, como “Señor”. Como los mandatos del Rey y del Señor imponen que sus órdenes se cumplan y se hagan, así se representa el origen del mundo, por un mandato del Señor, de Dios. Su orden da el ser a las cosas.

Resulta evidente que no se está describiendo la manera de ser de esa otra dimensión de lo real que está más allá de toda dualidad. Sólo se está construyendo metáforas para apuntarlo. Se dice que es como si fuera un “Señor”, porque es superior a todo y fuente de todo. Todo procede de Él, como todo lo que ocurre en la sociedad procede de una decisión de la autoridad suprema.

En realidad no es un Señor, porque el Señor está en relación a aquello de lo que es Señor, y la relación supone dualidad, y esa dimensión a la que se alude está más allá de toda dualidad. Lo que está más allá de toda dualidad está más allá de toda individuación. Sólo donde hay pluralidad hay individuos y puede haber Señor y súbditos. Por tanto, lo que no es dual y no cabe en la noción de individuo, no puede ser propiamente Señor. Llamarle “Señor” es usar sólo una metáfora.

Ni tampoco puede ser “Creador”. En el ámbito de “lo que es” que no es la construcción de dual y plural de sujetos y objetos, ¿quién va a crear qué? No cabe ni la categoría de “Creador” ni la de “criatura”. Sin embargo, con esas nociones, que son metáforas, se apunta a que en toda la realidad que nos rodea hay una dimensión de fuente y otra de fontado, de raíz y de ramas y hojas, de lo que se manifiesta y la manifestación, del océano inmenso y de las olas, de viento y de movimiento.

A eso están apuntando símbolos tales como Señor y Creador.

A esa dimensión absoluta, no dual, irrepresentable, se la simboliza como a un “Dios”, figura antropomorfa, a la que se atribuye los títulos de Señor y Creador. El único que decide y que es providente porque ve por adelantado y decide por adelantado. Sólo Él ordena, decide, determina.

Todo esto son puros símbolos para hablar de ese nivel de lo real que está más allá de nuestras construcciones, que es lo verdaderamente real, que es lo que se despliega en millones de formas sin que se ligue a ninguna de ellas y que es el Ser y el Hacer de todo.

Tomar estos símbolos como descripciones de la realidad absoluta y sagrada es falsearlos y falsearla. Aquello a lo que se apunta con la noción “Dios”, no es una entidad frente a un mundo, que Él crea con su orden y que predetermina en todos sus comportamientos y en su ser, con su mandato. Un ser así no existe.

Todas estas nociones son sólo símbolos, son sólo metáforas que nos deben conducir a comprender, sentir y vivir que sólo Él es; que donde quiera que nos volvamos, sólo vemos su rostro; que sólo “eso que es no dos” es el actor; que fuera de Él sólo hay sombras; que todo apunta a Él y es en Él.

Todo esto no lo podemos comprender y vivir si quedamos atrapados por las nociones e imágenes, que son construcciones nuestras a nuestra pequeña medida. Nociones tales como “Dios”, “Señor”, “Creador”, “Providente”, “Predeterminador”, son sólo metáforas, símbolos que apuntan y no describen, y que hay que dejar atrás, si se quiere caminar por la vía espiritual.

Si comprendemos y vivimos esas nociones como metáforas, como símbolos que apuntan a “eso no dos” que está vacío de todas nuestras categorías, *entenderemos que en ellas no hay nada que creer, nada a lo que someterse*; comprenderemos que en esas nociones hay algo que verificar por sí mismo hasta poder afirmar, y no porque otros nos lo hayan dicho: sí, verdaderamente es Señor y Creador y Providente y Predeterminador, y nada de todo eso; porque es sólo un sabor, una certeza libre de toda forma porque está más allá de toda forma.

Y el que esté más allá de toda forma no comporta que sea lejanía, sino al contrario, porque no está mediado por ninguna forma, es la pura inmediatez.

*Por tanto, nociones y símbolos como los mencionados, si se entienden correctamente, no incitan a la sumisión y a la creencia, sino a la verificación y a la libertad.*

Quienes hagan de ellos instrumentos de sumisión y de creencia, los fijan en formas, que son construcción humana, e impiden que la flecha salga volando hacia el blanco.

Pudieron ser útiles para estructurar y legitimar una sociedad patriarcal y jerárquica, pero no era esa su pretensión espiritual. Hoy, cuando a esos mitos y símbolos, ya no les queda la función de estructurar una sociedad patriarcal y jerárquica, son sólo metáforas, puros símbolos, flechas que deben volar al blanco, un blanco que está más allá de toda posible representación; son sólo incitaciones a verificar por sí mismo aquello a lo que apuntan; son sólo como una gota de agua de mar que nos invitan a caminar hacia el océano.

Llamar a esa dimensión absoluta y no dual, “Padre”, también es una metáfora, un símbolo. Y es un símbolo muy atrevido y elocuente. Se dice que el Dios y Señor es “Padre”. Y con esta expresión se dice que somos no sólo criaturas suyas, sino hijos suyos. Y un hijo tiene la misma naturaleza que su padre. El término habla de unidad. Y unidad en el amor.

El Símbolo no está haciendo una descripción de la relación que hay entre el mundo dual de nuestras construcciones y “eso no dual” que está más allá de todas esas construcciones. No describe, sino que nos invita a una verificación. La verificación de que “eso que es”, es como nuestro Padre, lleno de benevolencia y solicitud hacia nosotros, que somos sus hijos y por tanto algo así como de su misma naturaleza. Si no fuera así, ni se le llamaría Padre, ni nosotros seríamos sus hijos, sino simplemente Él sería el Señor y nosotros sus siervos.

La imagen invita a comprender y sentir que entre “eso no dos”, que está más allá de todas nuestras construcciones de objetos y sujetos y los objetos y sujetos mismos, no hay dualidad. Eso dice el símbolo de la relación de filiación.

Tampoco en estos símbolos hay nada que creer y sí mucho que comprender y sentir. Y lo que hay que llegar a ver y sentir es la unidad que está más allá de categorías como “Padre” e “Hijo” y que sugiere con ellas.

Lo que se dice de estos grandes temas, se puede afirmar de todos los grandes símbolos del Antiguo y del Nuevo Testamento.

A Jesús de Nazaret la tradición judía le llamó Mesías, Enviado de Dios para salvar al pueblo de sus enemigos internos y externos; aunque no resultó ser el Mesías que se esperaba como líder político-militar.

Los judíos de cultura helena y los helenos le llamaron “Hijo de Dios”.

Los helenos llamaban así a los personajes, que por su grandeza, se salían de los patrones ordinarios de vida. Ese título lo solían dar, principalmente, a sus grandes líderes político-militares.

La grandeza que vieron en Jesús, les llevó a darle ese título de “Hijo de Dios” y no como lo hacían los judíos cuando a sus personajes les llamaban hijos de Dios, -para los judíos era puro símbolo-, sino en un sentido que pretendía ser descriptivo.

Los dioses helenos bajaban a la tierra y se mezclaban con los hombres. En Jesús vieron a Dios, le vieron como una encarnación de Dios, uno con el Padre. Vieron y sintieron que algo completamente divino se encarnó en Jesús de Nazaret. “Quien le ve, ve al Padre” decían, y ponían estas palabras en boca de Jesús.

Usaron categorías de su tiempo para expresar la grandeza de Jesús. La teología posterior desarrolló estos temas en un sistema conceptual y dogmático.

La expresión de “Hijo de Dios”, para hablar del absoluto inefable que se hace presente en Jesús, apunta, como todo hablar humano del absoluto, a eso “no dual”, es, pues, metáfora, símbolo. Un símbolo que habla de Dios, otra figura simbólica antropomorfa, encarnado en un hombre. Es un lenguaje dual que intenta apuntar a la dualidad “Dios-hombre” como una unidad en Jesús.

Este lenguaje no pretende describir la realidad del ser del Absoluto, ni del ser de Jesús, como la unión del Absoluto y una criatura; sólo pretende simbolizar, aludir al misterio, a la nube del no saber que cubre a Jesús.

Los seguidores helenos de Jesús y las generaciones posteriores, no lo vivieron así, como puros símbolos que hablan del inefable, sino que lo interpretaron como una descripción, aunque analógica. ¿Por qué?

A causa de la epistemología mítica.

### ***La epistemología mítica.***

¿Qué entendemos por epistemología mítica?

No debe asustarnos el término. Epistemología aquí quiere decir el modo que tienen los pueblos de pensar y sentir la realidad.

Todos los pueblos preindustriales, los que no viven de la ciencia y de la tecnología, tienen una epistemología mítica.

Epistemología mítica es pensar, sentir y vivir que las cosas son como dicen las palabras. Se cree que hay una correspondencia entre las palabras y la realidad, de forma que lo que dicen las palabras, de este mundo y del otro, es como es la realidad.

Desde esta epistemología, se tomaba lo que dicen las Escrituras como descripción de entidades y de hechos: “Dios”, “Creador”, “Revelación”, “Hijo de Dios”,

“Dios encarnado”, etc. Aunque los sabios entendieran que esas afirmaciones se hacía sólo en un sentido analógico cuando se referían a Dios.

¿Por qué estaba vigente esa epistemología en pueblos preindustriales y no en los industriales?

Para los pueblos preindustriales, las narraciones sagradas, los mitos, símbolos y rituales en los que se expresa la religión son, a la vez, el sistema de programación colectiva que determina, para el grupo, cómo hay que interpretar y valorar la realidad, cómo hay que actuar en ella, cómo hay que organizarse y vivir.

Para que unas narraciones y mitos funcionen como programa para un grupo de vivientes necesitados, como somos los hombres, para que orienten la interpretación y la acción, con la urgencia que supone la supervivencia, se ha de tomar, indefectiblemente, eso que dicen esas narraciones y mitos, como la descripción exacta de la realidad, tanto si se habla de este mundo como si habla del otro. No se puede tomar lo que dicen de este mundo como una descripción de la realidad y no pensar lo mismo cuando hablan del otro.

Si lo que dicen esas formaciones lingüísticas no se tomara como una descripción adecuada de la realidad, la acción quedaría sumida en la duda, la perplejidad y la indecisión. Eso no lo puede soportar la urgencia de la vida.

Como los animales saben y sienten, en todo momento, el mundo que tienen delante y cómo tienen que actuar, sin duda ninguna, con claridad y precisión, porque lo tienen determinado genéticamente, así los humanos tienen que saber, sin duda ninguna, cómo actuar en cualquier momento en el medio. Y los hombres no tenemos esas cosas determinadas genéticamente, sino que nos determinamos culturalmente mediante unas narraciones y mitos sagrados, que por su carácter de sagrados y revelados, hay que aceptar y someterse a ellos.

Por consiguiente, en las sociedades preindustriales, los individuos y los grupos deben tomar lo que dicen las narraciones y mitos que programan al colectivo, como una descripción real y verdadera de la realidad, de este mundo y del otro. Esa actitud es lo que hemos llamado epistemología mítica. Esta manera de pensar y sentir, respecto a lo que dicen las narraciones y mitos, es una necesidad de programa.

Con esta epistemología hemos funcionado los humanos casi toda nuestra historia como especie; y todavía a muchos pueblos continúan pensando así; y también algunos sectores religiosos de nuestras sociedades occidentales piensan así.

Cuando se empieza a vivir colectivamente de la industria, las ciencias y las ideologías sustituyen a las narraciones sagradas y a los mitos como procedimiento de interpretación y valoración de la realidad. Con ello empieza a dejar de estar vigente la programación colectiva mediante narraciones, mitos, símbolos y rituales.

Cuando esas formaciones ya no funcionan como programa, porque han sido sustituidas, ya no es necesario entender que lo dicen es una interpretación verídica de la realidad; es más, las ciencias dicen con claridad, y en todos los campos, que no es así.

Cuando estas apreciaciones se extienden, se hunde la epistemología mítica. En esta situación estamos. Ahora sabemos y sentimos que las narraciones de las Escrituras no son una descripción adecuada de este mundo y, lógicamente, tampoco del otro.

Los mitos y símbolos pierden su valor descriptivo y normativo y se convierten en meras metáforas, símbolos para hablar de la dimensión absoluta de la realidad, de la dimensión no dual. Esa función ya la hacían en el pasado, pero en la modalidad que dictaba la epistemología mítica.

Lo que estamos haciendo en este escrito es intentar leer y sentir esos mitos y símbolos, ya no como programa colectivo que debe tomarse como descripción fiel de la realidad, sino como metáforas, como símbolos que hablan de esa otra dimensión de la realidad, que es absoluta porque es independiente de toda relación con nosotros: y que es no-dos, porque no es ninguna de las construcciones mentales y representaciones que hacemos los humanos desde nuestras carencias, necesariamente dualizadoras.

### ***Los símbolos “Espíritu”, “Resurrección”, “Redención”***

Cuando se habla de “Espíritu”, no se está hablando de una entidad, sino de una dimensión de la realidad, de toda realidad; una dimensión que por su sutilidad e inasibilidad se le llama “spiritus” que significa soplo, aliento, viento, algo que se nota como real, que es vivificante, pero es tan inasible como el viento.

Cuando se habla del “Espíritu Santo” se hace referencia, no a una entidad, ningún símbolo religioso hace referencia a una entidad, sino a una inspiración divina vivificadora que lo impregna y lo mueve todo, a un aliento de existencia y de vida, a un soplo de vida que lo penetra y lo mueve todo, lo inspira y lo levanta todo.

Cuando se habla de “Resurrección” se está haciendo referencia a la capacidad de superar la muerte. El símbolo, porque no es más que un símbolo, no describe el destino de nuestro cuerpo físico después de la muerte, alude a la capacidad de nuestra mente y de nuestro sentir para situarse en una región, que es una comprensión y un sentir que reside en un nivel de nuestra realidad en el que ya no existe la muerte.

Cuando nuestro pensar y sentir se traslada del ego, -que vive en un mundo de realidades duales, en el que existen numerosos objetos y sujetos, y donde se da el nacer y el morir-, a la región de nuestro ser donde ya no rigen las construcciones duales de nuestra mente, entonces, en eso no dual, donde nuestro pensar y sentir toma residencia, no hay más nacer y morir.

Por tanto, aunque en el mundo de las construcciones mentales de nuestra cotidianidad hay muerte, se puede decir, con verdad, que se supera la muerte, que se resucita, porque aunque no se anule la muerte, se la supera.

Se supera la muerte cuando nuestra conciencia se sitúa en lo que es nuestra realidad, que no es el mundo dual de los sujetos y los objetos que construye la necesidad, sino el de la no dualidad. Ahí no hay muerte.

En las culturas agrarias, en las que la experiencia del grano que muere en la tierra y revive multiplicado es patrón de interpretación de la realidad, para significar que no hay muerte, se habla de muerte y resurrección.

El mito de la “Redención” habla de la ofensa a Dios hecha por los pecados de los hombres, ofensa que, por la infinita dignidad del ofendido, requiere una reparación divina. Dios envía a su Hijo a la muerte para que con su sacrificio repare esa ofensa y salve a los hombres de la ira y el castigo que merecen.

Cuando estaba vigente la epistemología mítica, esa narración sagrada se tomaba como descripción de la realidad, como una descripción de entidades y de hechos. Cuando, por la evolución de la cultura, la epistemología mítica cae, esta narración es sólo metáfora y símbolo.

Nuestra inmersión e identificación con el ego, nuestra identificación con la interpretación que hacemos de la realidad y de nosotros mismos desde el dictado de la necesidad, bloquea nuestra mente y nuestro corazón para reconocer lo verdaderamente

real, eso no-dual. Ese es nuestro pecado y ese pecado nos encierra en la prisión del ego, que es una prisión de dolor e ignorancia. De ahí no salimos sin la ayuda de un Salvador.

¿Cómo salva el que por su acción fue llamado simbólicamente Hijo de Dios? Salva con su sacrificio. Y no porque con su sacrificio, como víctima propiciatoria, pague por nuestro rescate, sino porque con su sacrificio revela “eso” que está más allá del ego y sus construcciones, que está más allá de la dualidad. Esa revelación, que realiza con su acto supremo de amor, nos libera de nuestra cárcel porque nos muestra lo que realmente es.

Eso que se muestra en Él, que es “lo que es”, quema todas nuestras ficciones, nuestras ignorancias, nuestros temores y nos arrastra al lugar donde está Él, donde no hay más muerte.

### ***La función de los símbolos contrapuestos o contradictorios.***

Las escrituras hablan de Dios como Padre bondadoso y solícito. Pero también dicen de Él que es Juez severo.

Dicen que es Padre que perdona y acoge al hijo pródigo y que es Señor que decide soberanamente la marcha de todo, también nuestro destino. Ni un solo pelo de nuestra cabeza cae sin su permiso y su mandato.

Las Escrituras hablan extensamente de la responsabilidad humana y de la salvación por pura gracia.

Hablan de la libertad humana y hablan de la predeterminación de todos nuestros actos por parte de Dios, de la predestinación, porque sólo Dios decide.

Cuando estaba vigente la epistemología mítica, había que hacer esfuerzos para coordinar estas afirmaciones contrapuestas y a veces contradictorias. Ese fue el trabajo de la teología durante siglos.

Hoy que la epistemología mítica ya no está vigente, sabemos que las narraciones y los símbolos no pretenden describir aquello de lo que hablan, sino sólo apuntarlo, aludirlo.

Sabemos también que todas las narraciones y símbolos sagrados hablan, con términos tomados de nuestro lenguaje dual, de aquello que está más allá de toda dualidad y, por tanto, más allá de toda capacidad humana de decir. Por consiguiente deben utilizar los términos para referirse a “eso inefable” de tal forma que se comprenda que no hay que adherirse a ninguna de esas formas de decir.

El procedimiento que utilizan las Escrituras sagradas para forzarnos a no apegarnos a ninguna afirmación, como si describiera la naturaleza del innombrable, es poner frente a frente afirmaciones que son contrarias o incluso contradictorias.

El trabajo que hay que hacer con esas contraposiciones no es intentar coordinarlas, con un gran esfuerzo de la razón, que en la mayoría de los casos fracasa, sino enfrentarlas duramente para forzarnos a transitar por el medio de una afirmación y otra.

Cuando decimos que Dios es Padre misericordioso y cuando decimos que es Juez estricto, se está apuntando y aludiendo, en uno y otro caso, a “eso no dual” que todo es, y que estrictamente ni es Padre ni es Juez. Uno y otro término son términos tomados de nuestra vida de hombres para afirmarlos, sólo metafóricamente, sólo simbólicamente de “eso que está más allá de cualquier categoría, término o comparación humana”.

### ***Una lectura puramente simbólica, metafórica de las Escrituras.***

Así pues, en la situación cultural en que estamos, y que no hará más que agravarse, sólo podemos leer, comprender y sentir las Escrituras de la tradición cristiana simbólicamente, y los símbolos tienen estructura de metáfora.

La epistemología mítica ya no vige para nosotros.

Hoy sabemos que la pretensión de los mitos y los símbolos, que funcionaban como programas colectivos en las sociedades preindustriales, no era describir la realidad como verdaderamente es, sino que lo que pretendían era estructurar las mentes y el sentir de los pueblos, de forma que vieran y sintieran las realidades y a sí mismos, de una forma adecuada a su forma de vivir como cazadores-recolectores, como agricultores, como pastores o como agricultores de sociedades autoritarias.

Las narraciones sagradas, los mitos, los símbolos y los rituales no describían la realidad como en ella es, sino que la modelaban de forma que resultara apta para una forma de vida preindustrial determinada. Desde ahí y con esos patrones hablaban de la dimensión absoluta de lo real.

Para nosotros, los mitos y los símbolos ya no modelan las realidades de una forma adecuada a nuestras formas de vida que son de base científico-técnica; no son aptos para ello. Para nosotros los mitos y los símbolos son sólo como poemas, como grandes epopeyas que hablan de aquello de lo que no es posible hablar, porque está más allá de todas nuestras categorías y de todas nuestras posibilidades de decir. Aluden a la dimensión absoluta de lo real, y lo hacen eficazmente, de forma que resulta ser una auténtica revelación. Pero una revelación no de verdades y entidades divinas, sino de una verdad que no es una formulación; no es revelación de prescripciones o promesas divinas, sino revelación de una realidad incategorizable que es una presencia y una certeza.

En ese sentido, y sólo en ese sentido, los textos continúan siendo Escrituras sagradas para nosotros, continúan siendo revelación y fuente de vida espiritual.